

Los tiranos y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER
(Segunda parte)

ANTIGUAMENTE los individuos crueles y perversos eran considerados como víctimas de los espíritus malignos. Con el advenimiento de la religión cristiana se decidió que estas personas estaban poseídas por el demonio. Sin embargo, en 1690 con la publicación de «Essay concerning human understanding» el filósofo John Locke demostró que no pueden existir ideas innatas o ingénitas, sino que necesitamos que ingresen al cerebro principios morales para usar el entendimiento. En otras palabras, se requiere que se instale la bondad para que nos inclinemos hacia la ternura y compasión en lugar del sadismo y la crueldad.

Sigmund Freud fue el primero en sugerir la presencia de una agencia mental prohibitiva a la que denominó *superyo*, la cual distingue el bien del mal. La existencia de lagunas en esta estructura condiciona la conducta sociópata y delincuente. Esto se produce en un hogar defectuoso con padres que permitan acciones fuera de las normas.

La falla en la disciplina así como el mal ejemplo provocan la ineffectividad de los ideales determinando a los individuos que en el artículo anterior denominamos tiranos. La mayoría alcanzaron el poder donde pudieron gozar a sus anchas de sus infamias. Proseguiré con mi lista advirtiendo que siempre será incompleta.

Iván el Terrible vivió su infancia en un ambiente de inseguridad y violencia, puesto que había cumplido cinco años cuando perdió a su padre y a los ocho, los boyardos envenenaron a la madre. Esta situación creó una atmósfera de sospecha e hizo que de niño Iván torturara a los animales y en la edad adulta a los seres

humanos. En medio de un cuadro paranoico mató a su propio hijo durante un altercado.

En 1682 George Jeffrey fue nombrado procurador de justicia en Inglaterra y la conducta bonachona y pacífica que había llevado en su juventud se transformó en crueldad. Mandó ejecutar a 300 personas y envió a varios miles a trabajar como esclavos en las Indias occidentales.

Se puede decir lo mismo de Maximiliano Robespierre cuya madre falleció cuando tenía siete años y poco después el padre desertó a la familia. En la escuela el futuro revolucionario era tan sensible y bondadoso que siendo abogado renunció a la posición de juez antes de pronunciar una sentencia de muerte. En esta época Robespierre escribió: «Existen dos clases de hombres: los corruptos y los virtuosos». Cuando alcanzó el poder todo cambió y favoreció el desarrollo de la «época de terror» donde miles de personas fueron ejecutadas por medio de la guillotina. En una nueva libreta Maximiliano manifestó: «El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa e inflexible y por lo tanto encarna la virtud». A pesar de ello él mismo fue guillotinado en 1794.

En su vida privada Robespierre resultó honrado, modesto, culto e incorruptible, pero cuando ocupó el poder se volvió un fanático obsesivo con ideas religiosas, puesto que proclamó la existencia del Ser Supremo en un gran festival.

Desde niño Gregorio Rasputin poseía una capacidad magnética que le permitía sumergirse en otras mentes. A los quince años se interesó en la religión ortodoxa ingresando a un monasterio en Siberia, donde únicamente permaneció por unos meses. Cuando salió hizo curaciones milagrosas y su poder sexual con una dama de la corte dio lugar a que entrara en contacto con los zares, cuyo hijo padecía de hemofilia. Valiéndose del hipnotismo Rasputin detuvo las hemorragias del zarevich y obtuvo toda clase de ventajas. Su éxito lo llevó a beber sin cesar y a copular con todo tipo de mujeres.

Con el objeto de parar su dominio con la familia imperial, el príncipe Yusupov decidió asesinarlo y lo invitó a una orgía. Allí la administró una sobredosis de veneno que ni siquiera produjo mayor efecto, por lo que optó por balacearlo varias veces, pero ni así moría el famoso monje por lo que terminó por arrojarlo al Neva. Gregori Rasputin fue uno de los causantes de la desorganización de Rusia en la Primera Guerra Mundial y contribuyó a la Revolución de octubre de 1917, porque impidió la monarquía constitucional. Psicoanalíticamente carecía de control de impulsos y no guardaba las convenciones sociales, mostrando una terrible inmoralidad en su vida privada.

Doroteo Arango, mejor conocido como «Pancho Villa» tomó el apodo de un bandido de Durango, porque tuvo que huir de Río Grande por haber dado muerte a un hacendado que violó a su hermana. A partir de esa fecha se dedicó a robar ganado en el norte de

la República siendo perseguido por los rurales de Porfirio Díaz. Al estallar la Revolución, Villa aprovechó las circunstancias tomando el partido de Madero.

Aunque era habilidoso desde el punto de vista estratégico, también se le describe como extremadamente cruel porque en el desarrollo de un avance mandó matar a cincuenta soldaderas y niños porque hacían lentos sus desplazamientos. Los triunfos militares lo volvieron completamente sádico y al ocupar Torreón asesinó a 200 chinos porque uno de ellos vendía licor adulterado. El general tenía un fuerte prejuicio contra los orientales y a los norteamericanos que no le gustaban los llamaba «chinos blancos».

Con las mujeres Pancho Villa resultaba un ejemplo de ferocidad y cuando Petra Espinosa lo rechazó en matrimonio optó por violarla por la fuerza. También se cuenta que en Ciudad Juárez el revolucionario y sus secuaces profanaron a la esposa del dueño de una casa de empeños, quien tuvo que permanecer presenciando la escena atado en una silla. Posteriormente lo mató e hizo que la mujer limpiara la sangre que escurría en el piso. Con frecuencia a las pocas horas de conocer a una muchacha, Villa se casaba con ella. Esto ocurrió con la misma Luz Corral, quien asegura haber sido la única a la cual amaba. Por lo menos se cuentan seis mujeres con las que legalmente se casó, aunque hay quienes aseguran que su número es cuatro veces mayor. Habitualmente las abandonaba en seguida y como era celoso les impedía la menor libertad.

Pancho Villa no tenía el menor respeto por la vida humana y en una ocasión en la que era entrevistado, escuchó el ruido que hacía en la calle uno de sus soldados; por lo que se asomó a la ventana desenfundó la pistola y disparó. En seguida se desplomó el recluta y lo peor del caso es que el general ni siquiera interrumpió la conversación que sostenía con el periodista.

El Dr. Dillon describió de

dido: «Es una criatura con impulsos salvajes y contradictorios. A veces alcanza placer viendo sufrir a los demás y de repente siente una oleada de ternura y se muestra magnánimo».

Para algunos psiquiatras nos resulta extraño que un personaje tan cruel y carente de escrúpulos aparezca en letras de oro en un parlamento. Su equivalente sería el que se inscribiera a Nerón en la Cámara de Diputados en Italia o a Hitler en el Bundestag.

En el «Diccionario Filosófico» Voltaire señala la existencia de dos tipos de tiranía: la de uno solo y la de un grupo. De inmediato el autor se pregunta en ¿cuál de las dos será preferible vivir?, y contesta: «En ninguna, pero si fuera obligatorio elegir detestaría menos la de uno que la de varios. La razón parte de que un déspota tiene sus buenos momentos, pero un amable no. Si un tirano me causa una injusticia puedo repararla a través de su amante, un confesor o algún pa-

je, pero una compañía de tiranos es inaccesible a las seducciones y cuando es injusta se vuelve dura y no concede gracia alguna.

«Si solo he de acatar a un déspota me aparto y coloco junto a una pared cuando lo veo pasar o según la costumbre del país me arrodillo y hasta golpeo el suelo con la frente. En cambio, cuando se trata de cien déspotas me siento obligado a repetir constantemente la ceremonia, lo que a la larga además de molesto no resisten mis piernas».

Tenía razón Voltaire y a pesar de los ejemplares malvados que he descrito, creo que los peores que han existido hasta la fecha fueron los nazis. El peor resultado Adolfo Hitler del que ya me ocupé en un artículo previo (Novedades 16 de noviembre de 1991), quien se rodeó de un conjunto de psicópatas que se unieron a la perfección a su crueldad.

Entre estos secuaces mencionaremos a Hermann Goering fundador de la Gestapo, el resentido Joseph Goebbels quien sufrió en su infancia de poliomielitis y Heinrich Himmler, caracterizado por su sadismo. También el famoso Dr. Mengele que realizaba experimentos médicos en seres humanos. Por último, Adolph Eichmann quien desde la infancia tenía apariencia semita y era llamado por sus compañeros de escuela «der kleine jude» (el pequeño judío). En realidad fue una criatura limitada que ni siquiera terminó el bachillerato, pero su ingreso al partido nazi, lo sacó del anonimato y lo convirtió junto al pueblo alemán en un asesino masivo.

Otro tirano lo constituyó Joseph Stalin, cuarto hijo de Ekaterina, quien desde la infancia quiso ser monje ortodoxo, pero los tiempos y su amistad con Lenin lo llevaron a la política y finalmente al poder. Desde allí persiguió a Trotsky el más inteligente de los bolcheviques, al que asesinó en Coyoacán. Las matanzas sistemáticas dentro de la Unión Soviética comenzaron en 1931 y se supone exterminaron a varios millones.

Debemos incluir en esta lista a un dictador tan cruel como Francisco Franco del cual me ocupé en un artículo previo (Novedades 23 de noviembre de 1991). Entre sus gracias se encontraba la de desayunar mojando los bollos en chocolate, mientras decidía las sentencias a muerte de los presos políticos.

Otros sujetos detestables fueron Rafael Leónidas Trujillo quien se hacía llamar «Genio de la paz», «Padre», «Protector» y «Reconstructor» de la República Dominicana, cuando se adueñó del país y asesinó cualquier oposición. Lo mismo debe decirse del haitiano Duvalier y del rumano Ceasescu. Lo curioso es que los tres tuvieron hijos a los cuales les trasladaron sus lagunas morales. Creo que esta lista es inacabable por lo que no me ocuparé de otros tiranos que procedan de África, Asia y Latinoamérica.

Podemos concluir que los tiranos manejan las leyes a capricho y privan a los súbditos de bienestar porque al adquirir el poder lo manejan a su antojo.